

sabor de los jardines y de las ciudades de todos los países abrasados por el sol.

En torno nuestro las casas blancas de cuadradas techumbres bajaban hacia el mar, y en los terrados veíanse formas humanas tendidas ó en pie, que dormían ó soñaban bajo las estrellas, familias enteras envueltas en amplios ropajes de franela blanca, que descansaban, en el seno de aquella noche apacible, del calor del día.

Se me antojó de pronto que alentaba en mi interior el alma oriental, el alma poética y legendaria de los pueblos sencillos y de imaginación fogosa. Tenía el corazón lleno de la Biblia y de las Mil y una Noches; oía á los profetas anunciar milagros y veía pasar por las terrazas de los palacios princesas con bombachos de seda, mientras ardían en pebeteros de plata esencias y gomas cuyo humo tomaba formas de genios.

Dije á Tremoulin:

—¡Qué dichoso eres de poder vivir aquí!

Me contestó:

—El azar es el que lo ha querido.

—¿El azar?

—Sí, el azar y la desdicha.

—¿Eres desdichado?

—Mucho.

Estaba en pie, delante de mí, envuelto en su albornoz, y su acento me hizo estremecer por el dolor que revelaba.

Después de un momento de silencio, añadió:

—Te puedo confiar mis pesares; quizá me sirva de alivio hablarte de ellos.

—Cuenta.

—¿Lo quieres?

—Sí.

—Pues oye. Debes recordar que cuando estábamos en el colegio era yo una especie de poeta criado en una farmacia. Anhelaba escribir libros y lo intenté al terminar el bachillerato; pero con poco éxito. Publiqué un tomo de versos, luego una novela. Ninguno se vendió. Escribí una comedia que no se representó.

Entonces me enamoré. No he de contarte mi pasión. Junto á la tienda de mi padre había un sastre que tenía una hija. La amé. Era inteligente, vivaz, muy lista y ocurrente. Parecía tener quince años aun cuando había cumplido los veintidós. Era una mujercita fina de facciones, de cuerpo, de modales, como una acuarela delicada. Su nariz, su boca, sus ojos azules, su pelo rubio, su sonrisa, su

talle, sus manos, todo parecía formado para estar en un escaparate y no para la vida real. Sin embargo, era muy diestra y activa. Me enamoré como un tonto. Recuerdo dos ó tres paseos por el jardín del Luxemburgo, junto á la fuente de Médicis, que serán los mejores recuerdos de mi vida. Supongo que conoces ese estado de tierna locura que á veces se apodera de nosotros y que hace que sólo pensemos, que sólo podamos pensar en una mujer, como si fuera ella el eje de la existencia entera.

Pronto nos prometimos. Le confíe mis proyectos para lo porvenir. No los aprobó. No me creía poeta, ni novelista, ni autor dramático, y se le antojaba que el comercio—cuando marcha viento en popa—es lo único que puede proporcionar una dicha sólida.

Renunciando, pues, á escribir libros, me resigné á venderlos, y compré en Marsella la Librería Universal, cuyo dueño acababa de morir.

Pasé tres años dichosos. Habíamos convertido nuestro almacén en una especie de salón literario donde acudían los literatos de la ciudad. Se reunían en nuestra casa como en un casino, y hablaban de libros, de poesías, de política. Mi mujer, que estaba encargada de la venta, gozaba de gran notorie-

dad en Marsella. Yo, mientras charlaban en la tienda, trabajaba en el primer piso, que comunicaba con la librería por una escalera de caracol. Oía las voces, las risas, las discusiones, y á veces dejaba de escribir para escuchar. Había empezado, en secreto, una novela que no he terminado.

Los parroquianos más asiduos eran Montina, un mocetón moreno y guapetón, rentista; el señor Barbet, magistrado; dos comerciantes y el general Flèche, jefe del partido realista, el hombre más notable de la provincia, un viejo de sesenta y seis años.

Los negocios marchaban bien. Era feliz, muy feliz.

He ahí que un día, á las tres de la tarde, pasé por la calle de Saint-Ferreol y vi salir de un portal una mujer cuyo aspecto recordaba tanto el de la mía, que pensé: «Es ella,» á pesar de haberla dejado en casa aquejada de jaqueca. Andaba delante de mí, con paso rápido, sin volverse. La seguí á pesar mío, sorprendido, inquieto.

Me decía: «No es ella; no. Es imposible puesto que tenía jaqueca. Y, además, ¿qué hubiese ido á hacer en esa casa?»

Quise salir de dudas y apreté el paso para alcan-

zarla. ¿Me había adivinado ó reconocido mis pasos? No lo sé; pero se volvió bruscamente. ¡Era ella! Al verme se ruborizó y se detuvo. Luego, sonriente, dijo:

—¡Tomal ¿Eres tú?

Yo tenía el corazón oprimido.

—Sí. ¿De modo que has salido? ¿Y la jaqueca?

—Me ha pasado; salí para un encargo.

—¿A quién?

—A Lacaussade, calle Cassinelli, para la compra de unos lápices.

Me miraba á la cara. Ya no estaba colorada, sino un poco pálida. Sus ojos claros y límpidos—¡ah, qué ojos los de las mujeres!—parecían revelar la verdad y yo comprendía vaga y dolorosamente que estaban henchidos de mentira. Permanecía ante ella más confuso, embarazado y cortado que ella misma, sin atreverme á sospechar nada, pero convencido de que mentía. ¿Por qué? No sabría decirlo.

Dije solamente:

—Has hecho bien en salir si estabas mejor.

—Sí, mucho mejor.

—¿Vas á casa?

—Sí.

La dejé y me fui solo por las calles. ¿Qué pasaba? Había comprendido su falsedad cuando estaba frente á ella. Ahora no podía creer en tamaña catástrofe, y cuando volví á casa para comer, me acusaba por haber sospechado un momento de su sinceridad.

¿Has estado celoso alguna vez? Lo mismo da. El caso es que la primera gota de celos había caído en mi corazón. Son como gotas de fuego. No sospechaba ni creía nada; sabía sólo que había mentido. Piensa que todas las noches, cuando sallan los parroquianos, tanto si íbamos al puerto cuando hacía buen tiempo, como si nos quedábamos en casa cuando llovía, abría mi corazón á aquella mujer, le decía mis pensamientos más recónditos porque la amaba. Era una parte de mi vida, la más importante, y toda mi alegría. Tenía cautiva mi alma entre sus manecitas, toda mi alma, confiada y fiel.

Durante los primeros días, esos primeros días de duda y de tristeza, antes que la sospecha crezca y se precise, me sentía abatido y helado como cuando nos amaga una enfermedad. Tenía frío á todas horas, verdadero frío, y no comía ni dormía.

¿Por qué había mentido? ¿Qué hacía en aquella

Miss Harriet—6

casa? Entré en ella para descubrir algo. No hallé nada. El inquilino del principal, un tapicero, me dió detalles de todos los vecinos, sin que diera yo con ninguna pista. En el segundo habitaba una comadrona, en el tercero una costurera y un manicuro, en los sotabancos dos cocheros con sus familias.

¿Por qué había mentido? ¿Le hubiese sido tan fácil decir que venía de casa la costurera ó del manicuro! ¿Qué ganas tenía de interrogarles también! No lo hice por temor de que la previniesen y averiguara mis sospechas.

Si, entré en aquella casa y me lo ocultaba. Había allí un misterio. ¿Cuál? En ocasiones pensaba que quizá se trataba de una obra de caridad, de haber ido á saber cualquier noticia que la interesaba, y entonces desechaba mis sospechas. ¿No tenemos acaso derecho todos, hombres y mujeres, á guardar inocentes secretos que forman como una segunda vida interior de que no tenemos que dar cuenta á nadie? Un hombre, porque le han dado por esposa á una joven ¿puede exigir que no piense ni haga nada sin advertírselo antes ó después? La palabra matrimonio ¿significa renuncia de toda libertad é independencia? ¿No podía ser que hubiese

ido á casa la costurera sin decírmelo ó que socorriere en secreto á la familia de uno de los cocheros? También podía darse el caso de que la visita hecha en aquella casa, sin ser de índole culpable, comprendiera ella que debía desagradarme. Me conocía á fondo y quizá temía, si no un reproche, una discusión cuando menos. Sus manos eran muy lindas y acabé por pensar que se las hacía cuidar por el manicuro, si bien no lo decía por temor á que la tachase de derrochadora. Era ordenada, económica, y confesando aquel gasto ocasionado por la coquetería quizá imaginaba que decaería en mi concepto. ¡Las mujeres tienen tantas sutilidades y astucias nativas!

Pero ninguno de mis razonamientos me tranquilizaba. Sentía celos. La sospecha me atormentaba, me devoraba. No era aún una sospecha, sino la sospecha. Sentía un dolor, una angustia horribles, y mi pensamiento, un pensamiento que á mí mismo no me confesaba, estaba como cubierto por un velo, un velo que no me atrevía á levantar por temor de lo que hallaría debajo... ¡Un amante!... ¿Tendría un amante?... Error, demencia... y, sin embargo...

El rostro de Montina se me aparecía de continuo.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA DE CIENCIAS
MONTENEGRO, MEXICO

Veía aquel mocetón de lucientes greñas y me decía: «Es él.»

Imaginaba la historia de su enredo. Habían hablado juntos de algún libro, discutido la aventura de amor, hallado algo que se parecía á uno ó á otro y de tal analogía habían hecho una realidad.

Yo les vigilaba presa del más abominable suplicio que es dable padecer. Había comprado zapatos con suelas de caucho á fin de andar sin ruido y me pasaba la vida subiendo y bajando la escalera de caracol para sorprenderlos. A menudo me deslizaba cabeza abajo para mejor sorprenderlos, y tenía que subir con gran trabajo del mismo modo, después de convencerme de que el dependiente permanecía en la tienda.

No vivía, padecía. No podía pensar en nada, ni trabajar, ni cuidar de mis asuntos. Apenas salía y había dado cien pasos, me decía: «Ya está allí,» y volvía. No estaba. Me alejaba de nuevo y otra vez pensaba: «Ahora sí que ha llegado», y tornaba á mi casa.

Esto duraba días y días.

Durante la noche padecía más, pues la sentía á mi lado, en la cama. Allí estaba, durmiendo ó fingiéndolo. ¿Dormía? No, sin duda. Aquello era una mentira más.

Permanecía inmóvil, abrasado por el calor de su cuerpo, anhelante y desesperado. ¡Oh! ¡Qué ganas, qué ganas innobles y formidables me daban de levantarme, tomar una bujía y un martillo y de un solo golpe despedazarle el cráneo para examinarlo! Sé perfectamente que sólo hubiese visto una masa de sangre y sesos, y nada más. ¡No habría sabido! Era imposible saber. ¡Y sus ojos! Cuando me miraba sentía una ciega cólera. ¡Sus ojos son transparentes, cándidos y falsos, falsos, falsos! Y no se puede saber lo que se piensa detrás de ellos. Tenía deseos de hundir un punzón en ellos, para romper aquellos espejos de falsedad.

¡Ah! ¡Qué bien comprendo la inquisición! Le hubiese retorcido las muñecas en anchas yorcas de hierro.—¡Habla! ¡Confiesa!... ¿No?... ¡Espera! —Le habría apretado suavemente la garganta... ¡Habla! ¡Confiesa!... ¿No quieres?... Y habría apretado, apretado hasta verla estertorar, sofocar, morir... O le hubiera quemado las puntas de los dedos... ¡Con qué delicia lo hiciera!...—¡Habla! ¡Habla!... ¿No?... Les hubiese dejado tostar por las puntas... y habría hablado... ¡sí!... habría hablado...

Tremoulín, de pie, con los puños apretados, gri-

taba. En torno de nosotros, en los terrados vecinos veíanse sombras que escuchaban, que se incorporaban.

Y yo, conmovido, dominado por un interés poderoso, veía delante de mí, como si la conociera, aquella mujercita rubia, viva y astuta. La veía vender los libros, hablar con los hombres, á quienes turbaba su aspecto infantil, y veía como germinaban en su cabecita de muñeca, las ideas locas, las ideas culpables, los sueños de modistilla perfumada que se enamora de todos los héroes de novela de capa y espada. Sospechaba de ella como él, la detestaba, la odiaba, le hubiese quemado los dedos para hacerla confesar.

Tremoulin añadió en tono más tranquilo:

—No sé por qué te cuento esto. Nunca he hablado á nadie. Bien es verdad que hace dos años que á nadie veo. ¡No he hablado con nadie, con nadie! Y eso hervía en mi corazón como lodo que fermenta. Lo vacío; tanto peor para ti.

Me había engañado. Era peor de lo que creía; peor que todo. Oye. Emplé el medio que se adopta siempre. Fingí ausencias. Cada vez que me alejaba, mi mujer comía fuera de casa. No es necesario que te explique cómo soborné á un camarero de restaurant para sorprenderla.

Debía abrirme la puerta de su habitación, y llegué, á la hora convenida, con la firme resolución de matarles. Desde la víspera veía la escena como si hubiese pasado ya. ¡Entrabal! Una mesita cubierta de platos, botellas y copas la separaba de Montana. Su sorpresa era tan grande, al verme, que permanecían inmóviles. Yo, sin decir una palabra, pegaba con mi bastón con puño de hierro en la cabeza de él. Muerto de un solo golpe, caía al suelo. Entonces me volvía hacia ella, y le dejaba tiempo—algunos instantes—para comprender y retorcer sus brazos implorando clemencia, antes de morir á su vez. ¡Oh! Estaba dispuesto, resuelto, contento hasta la locura. Al pensar en la mirada extraviada que me lanzaría viendo mi palo levantado, en sus manos levantadas, en el grito de su garganta, en su rostro lívido y convulso, me sentía ya vengado. No la mataría del primer golpe, ¡oh, no! No puedes comprender lo que se padece. Pensar que una mujer, esposa ó querida, á quien se ama, se entrega á otro y besa sus labios como los nuestros, es una cosa horrible. Cuando se ha padecido un día tal tormento, se es capaz de todo. ¡Ah! Lo que me admira es que no se mate más á menudo, pues todos los que han sido engañados, todos sin excepción, han de-

seado matar, han gozado pensando en esa muerte soñada, y han hecho, en su casa ó en un camino, ó en una calle desierta, el ademán de herir ó de estrangular.

Llegué al restaurant, y pregunté: «¿Están ahí?» El camarero me hizo subir una escalera, y mostrándome una puerta: «Aquí», dijo. Apretaba el palo como si mis dedos fuesen de hierro. Entré.

Había escogido bien el momento. Se besaban, pero no era Montina. ¡Era el general de Fleche, el general que tenía setenta años!

Tan firme era mi convicción de hallar al otro, que quedé estupefacto.

Y luego... luego... aun no me doy cuenta ¡no! de lo que sentí. Al ver al otro, el furor me hubiese cegado... Pero delante de aquel viejo panzudo, de mejillas flácidas, sentí un asco indecible. Ella, casi una niña, que aparentaba no tener más de quince años, se había entregado á aquel hombre que casi chocheaba, porque era general, marqués, amigo y representante de los reyes destronados. No, no sé lo que sentí ni lo que pensé. Mi mano no hubiese podido herir á aquel viejo. ¡Qué vergüenza! No, ya no sentía deseos de matar á mi mujer, sino á todas las mujeres capaces de cometer tamaña abomina-

ción. Ya no estaba celoso, sino anonadado como si hubiese visto el más espantoso de los horrores.

Dígase lo que se quiera, los hombres no son tan viles. Cuando se encuentra uno que se ha vendido de tal modo se le señala con el dedo. El esposo ó el amante de una vieja es más despreciado que un ladrón. Somos más decentes. Pero ellas, ellas ¡cuán asquerosas y viles! Se entregan á todos, jóvenes ó viejos, por razones despreciables y diversas, porque tal es su vocación, su profesión, su gusto: Son las eternas inconscientes y serenas prostitutas que entregan su cuerpo sin disgusto, porque es mercancía de amor, ya lo vendan ó lo regalen, al viejo que tiene el bolsillo repleto de oro ó bien por la gloria al viejo monarca lúbrico, al viejo célebre y repugnante...

Vociferaba como un profeta antiguo, con acento furioso, anatematizando la vergüenza glorificada de las queridas de los reyes viejos, la vergüenza respetada de todas las vírgenes jóvenes que aceptan el amor de un viejo, la vergüenza tolerada de las muchachas que aceptan, sonriendo, besos de viejos. Y evocadas, llamadas por él, veía surgir, en aquella noche de Oriente, á todas las muchachas bellas, á las muchachas de alma vil que, como las bestias

que ignoran la edad del macho, se mostraron dóciles á los deseos seniles. Aparecían las criadas de los patriarcas cantadas por la Biblia, Agar, Ruth, las hijas de Loth, la morena Abigail, la virgen de Sunnam que, con sus caricias reanimaba á David agonizante, y todas las demás jóvenes, gordas, blancas, patricias ó plebeyas, irresponsables hembras de un dueño, carne de esclava sumisa, deslumbrada ó pagada.

Le pregunté:

—¿Qué hiciste?

Me contestó sencillamente:

—Me marché y aquí estoy.

Entonces permanecimos mucho rato uno junto á otro, sin hablar, reflexionando...

Guardo de aquella noche una impresión indeleble. Todo lo que había visto, sentido, oído, adivinado, la pesca, el pulpo y aquella narración lastimosa, entre fantasmas blancos de las azoteasvecinas, todo parecía expreso para producir una impresión única. Ciertos encuentros, ciertos acontecimientos, contienen, á punto fijo, aun cuando nadie ó muy pocos lo noten, mayores enseñanzas, más ciencia de la vida que las que encierra una entera vida vulgar.

ALUMA